

Los obreros, como siempre, molestando

(Fernando Escalante)

(2006-04-05)



Nadie o casi nadie está del todo conforme en los últimos tiempos, ni en México ni en el resto del mundo. Hay de pronto la urgente necesidad de hacer reformas gravísimas. Algo no funciona. O funciona, pero con resultados incómodos. El diagnóstico general, que se repite en todos los tonos, es que la economía no crece —en México, en casi toda América, en Europa, en África— y que por eso no hay empleos suficientes ni recursos públicos, y por eso la informalidad, la delincuencia, las protestas; el problema, también en eso coinciden Jefes de Gobierno, periodistas, organizaciones internacionales, el problema está en la rigidez de los mercados laborales. Es de verdad extraño: el mundo está a punto de irse a pique porque los obreros tienen demasiadas comodidades. ¡Quién lo hubiera dicho!

Las noticias más escandalosas llegan de Francia, donde el conflicto por la nueva legislación sobre contratos de primer empleo ha terminado con barricadas, cierre de universidades y cargas de la policía. Hay otras. Hace unos días, en Acapulco, el director gerente del Fondo Monetario Internacional, Rodrigo Rato, pidió a las autoridades mexicanas que se ocupasen de “flexibilizar el mercado laboral”. Lo mismo que ha recomendado para los países africanos la Comisión Económica de Naciones Unidas para África, como una de las reformas indispensables si se quiere combatir la pobreza. Eso no significa —no creo— que un obrero viva igual ni tenga las mismas condiciones de trabajo en Addis Abeba, Accra, Monterrey y Burdeos. Pero entonces ¿qué significa?

Es ya un lugar común, cosa sabida por todos en estos días, que el mercado laboral francés es demasiado rígido: cuesta muy caro crear un puesto de trabajo, es muy difícil despedir a un trabajador y por eso no hay nuevos empleos; la reforma propuesta por Dominique de Villepin, que va en contra del espíritu corporativo y conservador de Francia, se ha encontrado de frente con los sindicatos y los estudiantes universitarios. Lo ha repetido la prensa de todo el mundo. El cuadro se completa con la disputa entre Villepin y Nicholas Sarkozy por la candidatura presidencial para el 2007, donde los dos tienen que mostrarse enérgicos, modernos y con voluntad reformadora. Dejemos eso de momento (con Sarkozy como ganador ya casi definitivo, dicho sea de paso).

La revuelta es expresión de la “vieja Francia”, eso dice la mayoría de los análisis que se encuentran en la prensa: ha salido a la calle la Francia sindicalista, corporativa, conservadora, autoritaria, estatista, enemiga del cambio. Sin duda. Pero también, si uno escucha lo que tienen que decir los jóvenes de las manifestaciones, es expresión de una Francia bastante nueva, con expectativas de consumo relativamente recientes; los que yo he oído decían todos que aspiraban a comprarse una casa o un departamento, un coche, lo que hace falta para mantener a una familia. No era la expectativa normal de sus padres, no digamos ya de sus abuelos. Es decir: en el espíritu de la revuelta se siente el peso conservador del Estado y las demás burocracias, pero también el empuje imparable —inagotable, cambiante, dinámico, modernísimo— del mercado. Los jóvenes franceses quieren acceder al gran consumo, el que ven todos los días en la publicidad.

Los sindicatos se han sumado a las protestas en defensa de los intereses de sus agremiados. No quieren un mercado laboral más “flexible”, en el que se pueda contratar y despedir con entera libertad, porque eso mermaría sus bases y reduciría mucho su poder. Es de lo más lógico. No sólo se entiende que lo hagan, sino que es su obligación: los sindicatos están para proteger a los trabajadores sindicalizados. Y para eso tienen que defender su poder como sindicatos. Es curioso, eso sí, que se les eche en cara como si fuera una enormidad, algo injustificable.

Lo único que no se discute, que aparece en todos los análisis como si fuese una fuerza de la naturaleza, es la lógica de los empresarios, que buscan obtener los mayores beneficios: que no quieren correr riesgos, que

necesitan privilegios, favores, trato preferencial y clima favorable. Nadie se lo reprocha. Al resto de la sociedad, a los estudiantes y los sindicatos y al gobierno les corresponde conformarse y tratar de que los inversionistas se sientan cómodos, porque ellos —pobres— no tienen más remedio que llevarse su dinero donde puedan tener mayores ganancias. Francia debe flexibilizar su mercado laboral porque de otro modo el dinero irá a otra parte, donde se pague menos y sea más fácil despedir a los trabajadores, a México por ejemplo, que debe flexibilizar su mercado laboral, para que el dinero no se vaya a donde es todavía más barata la mano de obra, a Zimbabwe, digamos, que también tiene que flexibilizar un poco más. ¿No se da cuenta nadie de que es una carrera absurda para no llegar a ninguna parte?

Se dice desde hace más de veinte años que el viejo esquema de Estado de Bienestar no era sostenible, que hacía falta liberalizar y desregular y privatizar. Los franceses se resisten a eso y yo pienso que con razón. Tal vez lo que es insostenible es la idea del Estado de Bienestar en una economía de permanente crecimiento, que necesita producir cada vez más, vender cada vez más, cosas cada vez más inútiles. No puede ser que haya siempre más consumidores, que compren más —una segunda casa, un tercer coche, ropa de temporada y vacaciones en Tailandia— y más nombres para la lista de Forbes. No tengo una idea clara de cómo sería la alternativa pero el viejo modelo, el que hoy es blanco de todas las críticas, tenía una virtud fundamental: suponía que las condiciones de trabajo eran un asunto de interés público y que había mínimos de ingresos y seguridad y salud que no podían descuidarse ni librarse a la buena voluntad de los patronos. Es eso lo que hoy se combate. Se trata de despolitizar radicalmente las relaciones laborales, que queden sometidas a la pura objetividad del mercado: este mercado, tal como funciona, como si fuese el único posible.

Miro nuestro caso y la verdad es que me cuesta trabajo pensar que el problema mayor de la economía mexicana sea que los trabajadores tienen demasiados derechos. Me cuesta pensar que el lastre mayor sean los salarios o los excesivos lujos que hay en los sistemas de salud o las pensiones de los obreros, que no permiten a los empresarios tener márgenes razonables de ganancia. Y sin embargo, se dice eso, así, todos los días. Lo dijo Rodrigo Rato como lo ha dicho en innumerables ocasiones el presidente Fox: es indispensable flexibilizar el mercado laboral.

En los términos que emplea la Comisión Económica de Naciones Unidas para África, se trata de que “la oferta de trabajo pueda ajustarse rápida y fácilmente a la demanda de trabajo”. Bien. El resultado de esa operación es que los inversionistas ganen más dinero, con más facilidad, más rápidamente. Después lo que pasa es que se lo llevan, porque es suyo, y tienen derecho; esa libertad es fundamental en un clima amigable para los negocios. Según los cálculos de la [Red para la Justicia Fiscal](#), en los últimos veinte años han salido de África más de once billones de dólares (once millones de millones de dólares) amparados en general bajo la fórmula de negocios en el exterior y destinados en general a cuentas bancarias en Suiza o en algún paraíso fiscal. Son empresas francesas —de esas que no pueden contratar a nadie, porque resulta muy caro—, y norteamericanas y belgas y británicas, aparte de los magnates locales, políticos y hombres de negocios. Eso quiere decir que si se cobrase un impuesto del treinta por ciento a las ganancias exportadas habría suficiente para financiar todo el Programa del Milenio de Naciones Unidas para el desarrollo de África.

Ni el Fondo Monetario ni el Banco Mundial tienen nada que decir sobre eso y desde luego no en relación con el empleo. No piensan que esos movimientos de capitales tengan consecuencias sobre el desarrollo, ni se les ocurre que haga falta modificar la legislación para vigilar o fiscalizar esos recursos. Ni hablar de que se toque el secreto bancario. Nadie piensa —nadie dice— que esa facilidad para el movimiento del dinero tenga algo que ver con los problemas de la economía francesa, mexicana o etíope. Si algo, se piden reformas fiscales que reduzcan los impuestos a quienes tienen mayores ingresos (para favorecer la inversión, se dice). ¿A qué viene mencionar a los bancos, si estamos hablando del mercado laboral? Algo no funciona. Algo va mal y amenaza con descarrilar.

escalante.fernando@gmail.com